Santa Misa de Envío con los voluntarios “Amigos de León” (08-11-26)
Homilía del Cardenal Carlos Castillo
(Transcripción)

“El Reino de Dios se parece a unos muchachos que preparaban la venida del Papa y se organizaron para ir en carros: unos pusieron gasolina y otros no, y los que no pusieron gasolina suficiente, se quedaron sin ver al Papa”. ¿Qué está detrás de esta imagen del Señor? Lo digo así, “muchachos”, porque si no las muchachas van a decir que el Señor se la ha “agarrado” con las mujeres.

¿Qué cosa quiere el Señor decir a sus discípulos y a todos los que están caminando con Él para dejarnos desde la época inicial de la primera Iglesia de Mateo hasta hoy? Que para ser verdadero creyente solo necesitamos tener sabiduría. Por eso es que se ha leído el precioso texto del libro La Sabiduría (6, 12-16). Y la sabiduría, por ejemplo, no la tiene la inteligencia artificial, por más que nos solucione problemas; porque la inteligencia artificial no es inteligente. Por eso es artificial, porque no tiene experiencia, tiene datos. Y tiene eso que todos los humanos tenemos: capacidad de calcular. Y la capacidad de calcular es única y exclusivamente una capacidad fácil. Por eso, es muy fácil estudiar ahora matemáticas, álgebra. Algunos nos aburren un poco, pero qué difícil es poder acertar en decisiones que tenemos que tomar en la vida cuando es difícil, por ejemplo, elegir un chico o elegir una chica para mi vida. ¡Difícil! ¿no?

¿Qué hay que hacer? Pensar mucho. Porque si me aviento a la primera, luego ocurre la triste realidad. Nadie se enamora de verdad sin sabiduría. Para enamorarse, para vivir la vida, se necesita profundizar, sentir hondamente, preguntarse qué sentido tiene lo que me está pasando. Eso no lo puede hacer nunca la inteligencia artificial.

La IA sirve para que muchos datos que están se puedan reunir; uno pregunta inmediatamente, e incluso esta lógicamente muy bien redactado, además. Pero ¿por qué? Porque con eso se facilita una parte de nuestro cerebro y nuestro ser. Eso se llama el “espíritu de geometría”. Así lo llamaba Blaise Pascal, gran católico cristiano, uno de los fundadores del mundo moderno y de la ciencia, un físico. ¿Han escuchado algunos hablar de Blaise Pascal? Pero, paralelamente, dice Blaise Pascal, como buen cristiano, hay un espíritu que es infinitamente superior, que es el “espíritu de fineza”. “Fineza” significa entrar en lo profundo, agudamente, a través de la intuición. Eso que la gran mayoría de las chicas aquí nos ganan a los varones: pálpito, intuición femenina, se las “huelen” las chicas. Eso es muy importante (aplausos).

Yo a veces he querido explicarme por qué es eso en el mundo, por qué las chicas siempre tienen mayor intuición que los varones:

Una razón puede ser en que siempre los varones somos más apurados. La mujer es más tranquila, más lenta, pero más sabia. ¿Y por qué es eso? Probablemente porque hay algo en la mujer que no tiene el varón: lleva en su seno la fuente de la vida. Y, cuando se tiene la fuente de la vida, vamos se va a acoger y alojar allí al quien, el día que tengamos una relación profunda de amor verdadero (a veces también ocurren accidentes), la vida de la personas de alguien. Lo más importante es que ese útero materno es el que todos, varones y mujeres, vivimos durante nueve meses con un solo principio: todo es gratis.

Nueve meses que la mamá nos da sus fluidos, sus líquidos, nos da el latido de su corazón, nos da su canto, nos da su palabra y, sobre todo, nos da su respiración. ¿Recuerdan esa canción tan linda? "*No sé qué estoy amando en este momento… tu respiración*". Se acuerdan, ¿no? (aplausos).

Y es una respiración por la cual nosotros respiramos cuando estamos en ella. Por eso la madre es tan importante, tan fundamental. Y Jesús quiso nacer de una madre para mostrar cómo es el Hijo de Dios encarnado en nuestra historia. Y aprendió de María, de la profundidad del amor de María, a ser delicado, a no ser arrogante, a no ser antipático. Caminaba con la gente y le preguntaba: ¿qué quieres que haga por ti? Hablaba en cuentos y en parábolas que todos entendemos para que se desarrolle nuestra imaginación. Todo lo que es propio del ser humano, que es su calidad, su fineza, su alegría. Esas cosas que tiene nuestro lenguaje que permite vivir con intensidad.

Los colombianos, por ejemplo, tienen las expresiones: «chiquitico», «cosica». Nosotros decimos «chiquitito», «preciosita». Eso es parte de que hemos ido comprendiendo los humanos y, especialmente, los peruanos, los latinoamericanos, que solamente con la delicadeza podemos tener aliento, porque el ser humano es un ser creado a imagen y semejanza de Dios para vivir a Dios y encaminar su vida llena de sentido y de aliento para los demás. No es lo propio del ser humano, en primer lugar, el cálculo, el ser calculador como algunas personas que lo único que hacen es ver cuánto voy a sacarle a esto, o le voy a sacar a esta persona.

Ustedes que son voluntarios no están aquí por nada de plata, ¿no es cierto? Están por su amor, porque sienten en el Papa a una persona auténtica que nos va a ayudar a todos, y lo sienten como uno que ha sido norteamericano de Chicago, se vino y se hizo un peruano chiclayano y vivió con nosotros con cariño. El Papa actual, como Francisco, es una persona fina. Y eso es una cosa muy importante porque todos tenemos la intuición. Evidentemente, ustedes, como mujeres aquí presentes, la tienen mucho más que los varones. Siempre me he preguntado por qué los varones no tenemos

tanta intuición. Pues, porque somos un poco apurados, decía antes; la mujer, en cambio, piensa. Y muchas veces me he preguntado: ¿Por qué somos tan apurados? Y queremos conseguir todo rápidamente, inmediatamente, como órdenes. Una vez se me ocurrió pensar esto porque había visto unos chicos siguiendo a una chica y estaban detrás: «Mamacita, mamacita». La pobre no sabía cómo escaparse de esos. ¿Cómo me los saco de encima? E inventa ingeniosamente un modo de safarse. Ustedes, en cambio, no han visto a diez chicas siguiendo a un muchacho diciéndole: «Papacito, papacito». Porque el machismo permite ese tipo de cosas brutales que, finalmente, nos quitan la fineza cuando todos la tenemos.

Tenemos que aprender a superar todas las cosas culturales que se nos han pegado para todos ser finos, todos ser amables y, cuando somos geométricos y calculadores, calculemos en función del principio del amor y de la fineza que es la intuición principal que tenemos. Y eso es lo que quiere hacer Jesús con sus discípulos. Les dice el ejemplo de las mujeres, pero en realidad está diciendo: “no sean corchos, pues. Aprendan a ser finos”. A Pedro le costó un montón, tanto que al final, cuando hay el diálogo entre Pedro y Jesús resucidado. Se acuerdan que, primero, en la pasion, Pedro le había dicho a Jesus que se iba a ir hasta la cárcel y la muerte y que lo iba a seguir, pero después lo negó. Jesus ahora al aparecerse le dice: «Pedro, ¿me amas?». «Simón de Juan, ¿me amas, más que estos?». Pedro en cambio le dice una palabra distintas, y le responde: «Tú sabes que te ***quiero***». No le dice que lo “ama”. Es un signo de conversión que el primer Papa de la historia dijo que solamente quería a Jesús porque le había fallado, que su querer no era un amor total y lo reconoce humildemente. Estaba aprendiendo a amar.

Y aquí, sobre todo, los varones estamos aprendiendo a dejar de ser machistas y a ser verdaderamente humanos cuando acogiendo a la mujer en su ser aprendemos el valor maravilloso de la sabiduría. Quería decir esto porque una de las cosas que más duele es pensar que, como varones, tenemos todo ganado porque aquí mandamos nosotros. Han visto todo el machismo que hay en ciertos países y han visto cómo el pueblo ha respondido al machismo. A esos que persiguen a la gente y las matan, simple y llanamente por protestar. Y, por eso, Jesús tiene esa delicadeza de decir: «Jerusalén, Jerusalén que matas a los profetas. ¡Cuántas veces he querido reunir a tus hijos ***como la gallina reúne a sus pollitos***»! ¡Jesús se compara con una gallina! A ver qué varón de aquí vamos a decir eso: "yo me parezco una gallina". Nos da vergüenza porque no sabemos usar el lenguaje de la fineza, porque nos hemos habituado a una humanidad arrogante que ha venido de todo ese proceso imperial que existía en la época de Jesús y que hoy día se está reproduciendo en el mundo con gente desfachatada que hace lo que quiera, especialmente, con los pobres.

La humanidad de ustedes que expresan con este voluntariado, el cariño por una persona y por la Iglesia y por el Señor, nos hace pensar que los jóvenes pueden ser que su entusiasmo surja de diferentes maneras y diferentes razones, pero hay algo muy importante en el joven: siente profundamente. Y en esa idea intensa dentro de los sentimientos siempre se puede uno aventar, pero si va tranquilo y se reúne con los demás, realiza una fuerza común tan generosa y valiente y esperanzadora que logra iniciar un proceso, eso que Pablo llama "el hombre y la mujer nuevos". Es decir, renueva la humanidad.

Por eso es muy importante la Vicaría de la Juventud. Esta Vicaría de la Juventud que la hemos retomado de un gran arzobispo de Lima que fue Monseñor Augusto Vargas

Alzamora, con quien comenzamos con mil muchachos en un colegio, el año 96. Cuando llegamos al año 2000, que fue el año de Jesucristo, se habían ido reuniendo, así como ustedes, primero en el colegio Salesiano, 7 mil; después en la Universidad Católica, 12 mil. Otra vez en la Universidad Católica, 25 mil. Y el año de Jesucristo que fue el 2000 - muchos de los viejos que están acá, son de esa época - 40 mil jóvenes.

Todos los que se van a reunir ahora en el Estadio Nacional y muchos más. ¿Por qué, hermanos y hermanas? ¿Por qué, muchachos y muchachas? Porque, cuando uno está en la edad que ustedes tienen, siente más profundamente. Y como sentir podría también exagerarse y malograrse, pero si se siente profundamente, y se esta unidos, inmediatamente se piensa mejor. Pero no se piensa matemáticamente para sacar algún “jugo” por ahí, alguna ganancia, sino se dice qué sentido tiene mi vida y a dónde la llevo y cómo puedo hacer con los otros una fuerza común para que nuestras vidas sean interesantes y lindas, y nuestro mi pais tambien, aqui en donde yo vivo y puedo vivir con otros tan honda y felizmente.

Uno de esos jovencitos es el señor Jaime Montoya, que compuso la canción del Himno del Papa “León, hermano del camino”, que está acá con nosotros hoy día y que es cantado por el Coro Aguchita. Era joven como ustedes, y miren ustedes la maravilla de canción. El día que ganó en el concurso, yo le escribo al Papa un mail, porque el Papa no se comunica por WhatsApp, sino por mail. Y le digo: «Escucha esta canción que acaba de ganar», y le mando la grabación que le había hecho. Al poco rato: «Qué linda canción», inmediatamente. Esa canción es la que cantamos ahora y la escuchará de todos ustedes (aplausos).

Les digo que llevo en el corazón la alegría de que la juventud está haciendo no solamente renacer, esta haciendo

regenerar al Perú. Ustedes son los regeneradores desde el útero materno del país, el Perú que estamos soñando.

Quiero solamente dar un saludo a los que han venido, que me acompañan a la celebración:

Primero a quien leyó, el padre Rodolfo, que es el Vicario de la Juventud. Todos los gorditos son buena gente.

También quiero que conozcan al secretario de la visita del papa a Lima, el padre Juan Bytton, jesuita. Él también, como ustedes, salió de la pastoral juvenil de Lima.

Y también a dos veteranos, uno más que otro: al padre Octavio Soto, que es el encargado de todos religiosos y religiosas.

Y a un padre piurano que queremos con el corazón, porque el padre es comboniano y se llama Juan Goicochea. Lo queremos mucho por una razón: cuando hay un seminarista, normalmente lo mandamos a una parroquia de diocesanos, porque el seminarista es de la diócesis de Lima. Yo le digo: «Tienes una parroquia enorme, creo que los chicos sería bueno que vayan ahí». Pues han salido los chicos a trabajar allá con él y han vuelto enamorados de los pobres, de la gente, de la alegría, del anuncio del Evangelio.

Digo eso porque la formación en la vida religiosa debe también ser una vida normal, en donde conversemos de nuestros problemas, conozcamos nuestras historias. Eso es parte de la sabiduría: conocer la historia propia para ver qué vocación tengo, hacia qué me inclino, qué problemas tengo y cómo se pueden solucionar conversando con el otro; porque Dios nos creó a todos distintos, no nos creó en serie, y por eso nos complementamos mutuamente. Eso es lo que más falta en el país: no despreciar al otro, sino reconocer su valor y hermanarnos, felicitarnos y ayudarnos mutuamente.

Por eso, chicos y chicas, que este voluntariado de esta semana en que va a venir el Santo Padre, signifique para todos escuchar su voz con sencillez, y pedirle al Señor que nos haga, podríamos decir, responsables de la vida de los demás como el Papa. "Papas y Papos", en el sentido de ser responsables de la vida de nuestro pueblo, como él ha aceptado ser responsable de la vida espiritual del mundo.

Termino con esto: cuando lo elegimos, no lo conocía nadie. Y lo he dicho muchas veces: en la primera elección, todos pensábamos que, qué sé yo, los que estaban en los periódicos ya habían colocado varios “Papas”. Y resulta que, dentro de esos elegidos, hubo dos o tres que sacaron bastante votación. Y aparece este Prevost que empieza a sonar uno, dos, tres y así … Y luego, en un momento, llega hasta empatar con “uno de los que ya eran Papas”, en el sentido de que eran famosos. Y llegó el momento en sacar el último voto: era para Prevost. Y, por lo tanto, les ganó a todos los otros en la primera votación (aplausos). Y, entonces, nos quedamos “helados” porque era un latinoamericano - norteamericano.

El cardenal argentino, que era muy amigo del Papa Francisco, el cardenal Rossi, nos dice: «No seremos nada, pero somos», porque los latinoamericanos éramos la “última rueda del coche”. Nos fuimos a dormir, inclusive algunos decían: «Uy, de una vez hay que hacer cosas». ¡Nada de eso! A rezar, porque esto es obra del Espíritu Santo». Así que nadie hace aquí la película El Cónclave.

Y, por eso, nos fuimos a rezar y a dormir. Yo me fui a la capilla un ratito a ver y estaba toda llena. Lo que pasa es que habían salido varios tontos que habían publicado que yo, como es latinoamericano, quería agitar el ambiente. Siempre me acusan de agitador. Y, entonces, yo estaba amargo, además, y cuando un tipo me dice: «Vamos a reunirnos porque están

hablando». Respondi: ¡Yo no sé nada! Aquí lo que hay que hacer es rezar, porque aquí vota el Espíritu Santo.

Y así fue. Al siguiente día, nos levantamos en la mañana, desayunamos y, ¡oh sorpresa!, primera votación: si primero habían tenido 12, 13 votos, así, ¡pum! 40 votos. No les digo exactamente la cantidad para no fallarle al secreto. Empieza la siguiente votación: 70 votos, todo Prevost. Y, entonces, después de la última votación, tenía que cumplir 89. Llegó a los 89, nos pusimos todos de pie para aplaudirlo. Siguió el conteo, sobrepasamos los 100. No digo la cantidad porque si no cometo falta al secreto, pero sí fue goleada (aplausos).

Se imaginan ustedes cómo estábamos los latinoamericanos, y bueno mucho más un amigo que nos hemos conocido tanto tiempo. En realidad estoy muy agradecido a Dios porque es un hombre santo, es un hombre bueno, sencillo, delicado, profundo y de una fuerza vital impresionante, cuidado permantemente por nuestro Señor de los Milagros. Lo van a ver ahora que venga. Bendiciones a todos y a todas, y mil gracias por su voluntariado.